

LA POESÍA ESPAÑOLA EN 2006: TRADICIONES, PERMANENCIAS E INNOVACIONES

Francisco Javier Díez de Revenga
Universidad de Murcia

A la hora de realizar un panorama de la poesía española que se ha publicado a lo largo del año 2006 se produce el problema de siempre. De qué hablar, de qué tratar, de qué escribir, sin olvidar a los mejores, pero del mismo modo sin caer en la trampa de hacer unos listados que para nada sirven. Quien desee conocer la relación de los libros españoles de poesía publicados a lo largo del año, centenares, posiblemente miles de libros, ha de acudir a las relaciones del ISBN, y obtener la lista completa. Lo que se va a llevar a cabo en estas páginas es un panorama de la representación, a lo largo de este año, de aquellas voces más trascendentes de la poesía española actual, que han dado a conocer sus poemarios en las colecciones y editoriales más respetadas actualmente, y, sobre todo, vamos a destacar, como se dice en el título de este artículo panorámico las tradiciones, las permanencias y las innovaciones más sonadas o significativas. Desde luego, preferimos entrar en los libros, leerlos, comentarlos, extraer de sus versos aquellos hallazgos más significativos, e incluso recordar los mejores poemas que a lo largo de este año se han publicado en España.

Tres poetas novísimos (justamente los pocos que siguen actualmente en activo como poetas, de aquellos nueve que alcanzaron la fama hace tantos años en la antología de Castellet) han estado recientemente de actualidad, por haber regresado, en 2006, con nuevos libros de poesía.

A la vista de su último libro, publicado en Sevilla, por Renacimiento, y titulado *Sobre la delicadeza de gusto y pasión*, sigue siendo la poesía de José María Álvarez (Cartagena, 1942) un gran museo de cera, un museo poblado por criaturas sublimes que dejaron en su paso por este mundo la memoria indeleble de su arte, de su palabra, de su música. La poesía de Álvarez se caracteriza por su gesto cos-

mopolita que supera a la propia palabra poética en español para traspasar las fronteras lingüísticas y expresarse en inglés, en francés, en italiano, en alemán... Es el obsesivo deseo del poeta por superar la ordinariez de lo manido, de lo reiterado y vulgar, para alcanzar la imposible quimera del elegante, selecto y exquisito cosmopolitismo poético y vital. Estar por encima del mundo habitual para disfrutar del placer del amor, y de la vida y el arte, nada menos, siempre en el marco privilegiado de ciudades particularmente acogedoras, en esta ocasión reiteradamente París.

Destacan en este libro poético los espacios de la sensualidad y la felicidad, las recreaciones de los momentos del placer en la intimidad más escogida, el gozo de la posesión visual y táctil, física y apasionada, el gusto por la contemplación del encuentro, visto a través de una pintura inmortal, indeleble en la memoria, fruto de la creación de un artista privilegiado que ha superado al tiempo con la permanencia de su obra. Memoria, tiempo y estabilidad de la creación artística son definitivos elementos modulares de la poesía de este libro, también prendida a los paisajes espléndidos, de naturaleza abierta al mar o al espacio urbano predilecto, lugar de habitación en el que el poeta se deleita con su contemplación incansable.

Todo conseguido con una palabra poética superadora de lo establecido, comprometida con la singularidad de momentos y procesos de creación, expresados en algún poema, breve, metapoético, en el que el autor desliza el sentido de su creación poética: “¿Sabéis lo que es escribir?”, se pregunta en un breve poema con respuesta singular. O la incierta luna, respuesta a qué es “La Poesía”. “¿Y si dejásemos de escribir?”, se pregunta lacónicamente en un poema de un solo verso, en el interior de una apasionada epístola dirigida a Borges (“Carta a un amigo”).

Merece una detención especial el conjunto número XVIII, “Guirnalda de Afrodita”, en el que a través de dieciocho composiciones se vive el mundo del amor, no exento de nostalgia, pero pleno de erotismo creador, vivido en multitud de vértices y casuísticas, recreando momentos de gozo y de ansiedad, viviendo la experiencia de cada escena, de cada día. Amor y sensualidad expresados con una palabra original y creadora, enredada en la constante reflexión de aquel libro recordado, de aquel pasaje literario, poético, adecuado, para cada momento, para cada ocasión.

Especial relevancia e interés ofrece el conjunto numerado con el XXVIII, y titulado “Poemas del exilio”, especie de diario poético en el que manifiesta el autor el transcurso de sus días en París, paseo de soledad y amor, lugar de habitación placentero, en el que transcurren las horas y los ocios, mientras suena la música de Mozart y el tiempo transcurre, marcando el paso de la edad, de una edad a otra. La presencia de la muerte en diferentes ocasiones produce en el autor serenidad unas veces y rebeldía otras, rebelión y desprecio, porque lo importante es la vida, la literatura, la música, el arte... y las ciudades, ciudades eternas y ama-

das, en las que el poeta enmarca su existencia, vinculada a un espacio y a un fragmento vital, Roma, Alejandría, Venecia, Estambul, París... la siempre próxima y permanente, junto a Siracusa, Sevilla o la juvenil Barcelona, nunca olvidada. Verso largo y distendido, de envidiable y buscada naturalidad, con ritmo estructural de diario o de epistolario, ya que el poema que cierra la serie no es sino otra apasionada carta poética, género innovador, en el que Álvarez marca límites y fronteras de una renovada e intensa expresión lírica. Amor, sensualidad, rebeldía juvenil, cosmopolitismo, elegancia natural, visión de un mundo nuevo, distinto, pero vivo y presente, real y creíble, verosímil.

Tal como se concluye en el poema final, poema omega, de laguna en la niebla veneciana, con la muerte presente, llevándose con ella todo lo que no es vida, sin embargo, vehementemente proclamada por el poeta, junto al amor, y frente al destino. Poema final espléndido, conclusión de un libro lleno de luz, pero poblado de sombras y de negros presagios, rechazados con rabia intensa, pero finalmente presentes y aceptados con serenidad cauta y vitalista. Sólo la vida vence al inevitable destino de la muerte que se lleva consigo la belleza, la pasión, el amor, la gozosa realidad, sintiendo, sin embargo, que se entra en el futuro sin testigos...

Guillermo Carnero (Valencia, 1947), catedrático de la Universidad de Alicante, uno de los nueve novísimos de José María Castellet, fue galardonado con el XVIII Premio Internacional de Poesía Fundación Loewe, por *Fuente de Médicis*, un libro de carácter unitario, compuesto por un solo poema dialógico, que ha publicado, en Madrid, Visor. En el libro, el poeta dialoga con Galatea, encarnación de la belleza y de la juventud, y una de las figuras de la fuente (Fontaine Marie de Medicis) situada en el Jardín de Luxemburgo de París y dedicada al mito de Acis, Galatea y Polifemo, que glosara Góngora, entre otros muchos poetas, en su famosa fábula inspirada en las "Metamorfosis" de Ovidio.

La composición recoge un diálogo entre el hablante poético, cansado, triste, deprimido y envejecido, y la estatua pétrea, enmohecida y abandonada, pero plena de turbadora belleza. El diálogo entre la cultura y la vida, la imaginación artística y la realidad existencial, conduce a la constatación del fracaso total, ya que ni se han cumplido los buenos propósitos iniciales ni se ha logrado vivir la vida que se esperaba. Se concluye así patéticamente la historia amorosa, expresión de la propia identidad del poeta, que se había desarrollado en dos libros anteriores, con los que *Fuente de Médicis* forma una trilogía: *Verano inglés* (1999) y *Especulo de gran niebla* (2002). Los tres volúmenes poéticos forman un ciclo que profundiza sobre obsesiones y complejidades aparecidas en la fecunda obra anterior de Guillermo Carnero, por lo que ahora se nos muestra al poeta "condenado a vivir en el recuerdo / y esperar el alivio de la muerte".

No es difícil sentir, al leer este profundo y complejo poema-libro, la presencia de otros poetas cuyos versos y palabras contribuyen a desarrollar ese diálogo

profundo y desolador entre la belleza y la muerte. Garcilaso y Góngora, Ovidio, Shakespeare y Hölderlin dejan paso a Vicente Aleixandre y Luis Cernuda. El poeta, desde la atalaya de la primera senectud, la que llega aún en época de madurez física, contempla su pasado, su existencia y, ante la estatua que representa el amor, la belleza y la juventud, se interroga sobre su propia esencia: “Mi tiempo acaba /y tengo que saber por qué no he sido”, nos recuerda el poeta, como el Aleixandre de *Poemas de la consumación*, al tiempo que siente el frío hospitalario, húmedo y acogedor, del jardín parisino, una especie de “locus amoenus”, de “jardín cerrado”, romántico y dolorido, que evoca al mejor Luis Cernuda.

La renuncia del poeta a todo, a los sentidos, sucesivamente enumerados (tacto, oído, vista y también olfato y gusto), a la memoria y a la imaginación e incluso al pensamiento, representan la aceptación digna y orgullosa de un destino señalado previamente, que le conduce inevitablemente hacia la muerte. La dialéctica del poema ha fracasado cuando vemos que los ofrecimientos sensuales y vitalistas de Galatea no le sirven al poeta, que no acepta nada más que la realidad de un dolorido y descorazonador fracaso, del que es también claro símbolo el estado ruinoso de la estatua y su entorno en el abandonado jardín parisino, reflejado en la piedra corroída y en las flores mustias próximas.

Si un tiempo hubo vida y amor, si la belleza de la amada fue seductora y enriqueció al poeta, si hubo un verano de la pasión y del deseo (*Verano inglés*) y un otoño de la maduración, de la reflexión, de la aceptación del final (*Espejo de gran niebla*), ahora llega el invierno de la muerte (*Fuente de Médicis*), cuando el poeta pide a la ninfa: “llévame de la mano / a las aguas tranquilas” y ésta, cerrando el poema de forma lapidaria, le responde “Todas serán tranquilas para ti / ya que vas de la mano que no sientes”.

No podemos cerrar estas reflexiones, ante un libro tan complejo como singular, sin aludir a la calidad formal de la obra, que hay que advertir tanto desde el punto de vista genérico como estilístico y rítmico. Plantea el poema Guillermo Carnero como un diálogo poético entre sólo dos personajes nítidamente identificados pero profundamente simbólicos (Vicente Aleixandre consagró la fórmula en sus *Diálogos del conocimiento*, escritos en dramática senectud deprimida y ansiosa de verdores juveniles transcurridos).

Simbolismo que el lector va advirtiendo conforme el diálogo avanza en sus intercambios de versos, palabras e ideas, expresadas con una elegante naturalidad, que recuerda al mejor Garcilaso, y que pone de relieve que el poema extenso, el poema muy extenso, tan ausente hoy de nuestras letras, tiene su razón y sentido como lo tuvo en las épocas más áureas de nuestras letras (Garcilaso y Góngora vuelven a ser ejemplos excelsos). Espléndidos endecasílabos, majestuosos alejandrinos y necesarios heptasílabos consagran una andadura poética nobilísima, que dota al poema de un ritmo sereno, reflexivo y acogedor.

La editorial Seix Barral de Barcelona, en su colección “Los Tres Mundos. Poesía”, publicó el último libro poético de Pere Gimferrer (Barcelona, 1945), titulado *Amor en vilo*. Como el propio poeta indica en una nota final al volumen, *Amor en vilo* es título ya conocido de los lectores de los poetas del 27, ya que Salinas lo utilizó en 1933 para una entrega de poemas, que luego formarían parte de *La voz a ti debida*, su obra maestra, aparecida ese mismo 1933. Rafael Alberti escribiría, en su última etapa, un libro poético amoroso, todavía inédito, también titulado *Amor en vilo*, inspirado por su amante Beatriz Amposta.

Y razones no faltan a Gimferrer para titular su libro así, ya que lo que relata en sus 151 poemas es la historia de un amor impetuoso, reciente, rescatado de su juventud tras la reciente muerte de su mujer. Gimferrer sitúa su historia en el tiempo y data la recuperación de su “asignatura pendiente” entre el 12 de abril de 2004 y el 15 de enero de 2006, fechas, anotadas al pie de cada poema, entre las que transcurren todas las composiciones del libro.

Llama en primer lugar la atención la fecundidad impetuosa de este poeta y este poemario, que reúne en un solo volumen más poemas que los que ha escrito y publicado Gimferrer a lo largo de los últimos treinta y cinco años. Posiblemente, otro poeta hubiera limado y recortado su producción, la hubiera seleccionado y hubiera mostrado un poemario de quince o veinte poemas, pero Gimferrer, rompiendo con su habitual contención, ha resuelto publicar todos y cada uno de los poemas sugeridos por esta impetuosa historia de amor en vilo, refiriendo en ellos todos los detalles más íntimos y nimios de la realidad erótica, hasta extremos que no dejarán de sorprender al lector, ya que el encuentro sexual, pormenorizado con detalles metafóricos sorprendentes, será muchas veces protagonista de numerosos poemas.

Naturalmente, todo esto es secundario o accesorio. Lo importante es que la literatura española recupera a un excelente poeta en castellano, regresado a la lengua común, tras muchos años de expresión catalana, justificado este regreso por ser esta, el castellano, la lengua utilizada por los dos amantes desde su ya lejana juventud. Y también es muy importante el libro, porque recobramos a un poeta vitalista, fecundo, imaginativo y sabio, que ha asumido plenamente su amplia cultura de lector y degustador de la poesía románica más valiosa, desde el “dolce stil nuovo” o los poetas provenzales, hasta nuestra mejor tradición áurea, con Garcilaso y Góngora, para llegar a sus admirados simbolistas, con Baudelaire, Rimbaud y Rubén Darío, y homenajear finalmente a la vanguardia y a los poetas del 27, tan admirados por Gimferrer, que, no lo olvidemos (en impecable gesto de tributo histórico), cuando ingresó en la Real Academia Española para ocupar el sillón de Vicente Aleixandre dedicó todo su discurso al gran poeta y Premio Nóbel, no limitándose como es habitual a un breve recuerdo inicial, gesto histórico que también llevó a cabo, en 1858, el Marqués de Valmar, cuando ocupó el sillón del poeta Quintana en la docta corporación. Y no olvidemos tampoco que el

editor y difusor del Gerardo Diego más vanguardista, el creacionista, en una época de inhóspito olvido y sequía estéril (1974), fue Pere Gimferrer.

Sin duda el poemario contiene al mejor Gimferrer, junto a muchos sobresaltos sorprendentes que no es que afeen la escritura, simplemente asombran por su facilidad y descaro provocador, inusitados entre tantos aciertos imaginativos y metafóricos, brillantes asociaciones poéticas, que, sin duda, son reflejo de mucha verdad, de una auténtica pasión desbordada, que incide fácilmente en la hipérbole. Espléndidos juegos poéticos, inagotables, continuados, mantenidos en un nivel muy exigente de originalidad, de manera que entre tantos poemas, entre tanta fecundidad, siempre hay sorpresa y nunca reiteración, nunca gestos manidos, nunca reincidencias monótonas.

Sin duda, estamos ante un libro de celebración, de superación de lo vulgar y cotidiano, de exaltación del vitalismo por encima del tiempo y de la edad, sobre todo de exaltación del “eros”, vivido con detalle y recreado en el gozo del amor por la palabra, verbalismo erótico provocador, que busca en alegorías, imágenes y metáforas, la expresión de un amor recuperado, casi cuarenta años después, y vivido en escenarios mágicos, llenos de ensueño y glamour, herederos de la mejor poesía “novísima” del propio Gimferrer, al que rescatamos también directamente desde aquellos finales de los sesenta. Añádese a esto una maestría métrica y rítmica singular, un pleno dominio de formas versales ya olvidadas y un total control de la forma soneto (recuperada en múltiples variantes ya desde hace mucho tiempo olvidadas), para alcanzar un gozoso paseo por una poesía viva y vitalista, estimulante y dichosa, llena de abundancia y saciedad, superadora del tiempo, que afirma el amor rehecho treinta y tantos años más tarde.

De la misma generación que los tres anteriores, aunque más joven que ellos, es Luis Alberto de Cuenca (Madrid, 1950). Un nuevo libro suyo ha puesto de actualidad, una vez más, el interés de la obra de un escritor constante, inteligente e ingenioso, que ha sabido crear una trayectoria poética jalonada por libros que figuran en la historia literaria del siglo XX y del siglo XXI. El libro, titulado *La vida en llamas*, fue XXVII Premio Ciudad de Melilla y lo publicó Visor, en su colección de “Poesía”. Está compuesto por ochenta poemas agrupados en siete partes, todas formadas por diez poemas menos una, que contiene veinte haikús. Se trata de un libro compensado y maduro, una especie de memoria general de los últimos años (entre el 2002 y el 2005) que recupera todos los viejos motivos poéticos de Luis Alberto de Cuenca. El libro, al ser variado y diverso, contiene espacios amargos, aunque combinados sabiamente con amenas y divertidas sugerencias, todo construido con una sabiduría formal, de la que siempre hace gala el poeta en todos sus libros.

Se advierte en esta poesía que el proyecto de Luis Alberto de Cuenca se mantiene intacto ya que pretende ante todo que su poesía sea comunicativa, que se comprenda plenamente, que sea accesible y útil para sus lectores, “línea clara”,

tal como se escribe en el poema así titulado que abre la colección y da nombre a la primera parte del libro, como si de una poética o un manifiesto se tratase. Nada más distinto y distante de una poesía hermética, excesivamente abstracta o elevada.

Por ello algunos poemas se alejan del prototipo habitual de la poesía al uso y mezclan en sus versos otro tipo de literatura. Un extenso monólogo lírico, con largo título, relata en primera persona una crónica de peregrinación misionera medieval. En estos poemas, los más relacionados con la literatura y el arte, se parte de los tebeos de Tintín y se finaliza con Don Quijote, mientras que toda la sección segunda, titulada “Carteles de cine”, no es sino una sucesión de comentarios, como si de una reseña sentimental se tratase, a una serie de películas inmortales de todos los tiempos, aunque no es difícil sentir la temperatura lírica en cada uno de estos “carteles” contenida, reflejo de la propia pasión del poeta, coincidente, quizá, con la de muchos de sus lectores.

Cambia el tono, aunque no el sentimiento que da fuerza al volumen, en la siguiente parte, “Lieder”, la más dramática de todo el libro, con ecos de Paul Morand o Alfred Friedrich von Schack, inspirador del “Elogio de la pena”, un espléndido poema en eneasílabos, que marca muy certeramente el clima espiritual de la parte más trascendente de un poemario lleno de sorpresas, como la de este poema. La vida misma transita por sus versos entrañables y descubre que de todo hay en nuestros días y que todo ha de asumirse no sin contenida esperanza, enriquecida en la memoria, mientras la pena arde en el interior de lo profundo de cada pecho. Es indudable que poemas como este enriquecen un libro en el que la variedad de registros llama poderosamente la atención. Tras estos emotivos poemas, se abre paso la serie de poemas breves, gnómicos y sentenciosos, titulada “Resina fósil y otros haikús”, entre los que hallamos verdaderas maravillas, como el titulado “Nadie”: “Abro la puerta. / Descubro que no hay nadie / fuera ni dentro”.

La parte más desenfadada del libro, que limita con lo esperpéntico y lo grotesco, es la titulada “Crónica de sucesos”, en la que hallamos al poeta frente a nuestro mundo cotidiano y ridículo sometiéndolo al cristal de la deformación jocosa. Escenas de la vida actual, cotidianas, se ven superadas por lo morboso y por el humor negro, perfectamente desarrollado en los contenidos límites de algunos de los poemas, que no por ello dejan de aportar su grado de comunicación con el lector, que se hace cómplice de hipérbolos y salidas desenfadadas. A esta sección sigue “La imagen del vampiro”, en la que de nuevo, ya con la perspectiva del amor presente en los últimos poemas, el poeta reflexiona sin pudor, con sarcasmo e ironía sobre el mundo posible. Y será en la sección final, donde aparezcan los últimos asombros, los provocados por el amor de “El jardín de Alicia” que es como se titula esta última parte.

Destacan los poemas amorosos de la parte final por su verdad pero también por su desenfado y buscada naturalidad que en ocasiones sobrepasa los límites

de lo políticamente correcto, como se glosa en un divertido poema, en el que amada, amor y mundo son poco compatibles con los convencionalismos de esta hora, que el poeta fulmina indefectiblemente con su agudeza, ironía, sarcasmo, y, por encima de todo, amor, mucho amor verdadero, siempre de sorpresa en sorpresa, superando lo manido y lo rutinario, para cerrar un libro inteligente, ameno, que demuestra que la poesía también puede agrandar e incluso divertir.

Cercana a la estética de los novísimos es la poesía de Dionisia García (Fuente Álamo, Albacete, 1929). Su trayectoria poética alcanza en su último libro, aparecido en Barcelona, en Tusquets (“Nuevos textos sagrados”), con el título de *El engaño de los días*, una intensa renovación, aunque permanecen muchos de los rasgos que han caracterizado sus preocupaciones poéticas y su estilo. Dionisia García es ante todo una inteligente indagadora del mundo real, del entorno físico, pero también vive su poesía bajo la poderosa presión del acontecer metafísico del tiempo, de su imparable transcurrir, mientras el mundo contemporáneo angustia con sus crueldades y errores. Virtudes humanas del vivir cotidiano, pero también sentido de la trascendencia de la vida, de la inquietud ante la muerte, de la serenidad de haber sabido vivir lo contemplado, retenido en la memoria, aceptación final del existir sentenciado y finito.

Adviértese en esta última entrega poética de Dionisia García un acendrado senequismo, una visión rigurosa de una realidad aceptada disfrutando de lo que hay que disfrutar, gozando del instante que surge con su belleza y envuelve nuestra existencia y la reverdece, pero también siendo consciente de que hay enemigos que quiebran la armonía y que deben ser denunciados.

Dionisia García canta los mejores días, que son aquellos en los que el ánimo, libre de todo cuidado, emprende gozosamente los trabajos, y encuentra placer en los quehaceres predilectos, entre ellos el acto indeleble e irreplicable de crear el poema, mientras que el espíritu se eleva para contemplar la naturaleza. Las tierras que nos rodean, las calles de la ciudad que habitamos, el mar siempre cambiante y seductor con su profundidad, su belleza y su misterio, el cielo y los espacios que nos dejan ver la lejanía, llena de asombros, el soplo del viento, lo destemplado del invierno, la ansiedad de la primavera y el inmenso sol de agosto. Y junto a ello, una especial ascensión hacia lo más trascendente, la confianza en un destino final, eterno sobre el tiempo entre lo que fue y lo que será en todos los siglos.

Senequismo militante culminado en el espléndido poema “Mater optima”, que confirma la devoción hacia nuestro más genuino clásico y determina desde el centro mismo del libro el desarrollo de las tres partes en que Dionisia ha dividido su poemario: “Frente al invierno”, “La cierta referencia” y “A pesar de las ruinas”. Si en la primera de estas secciones reúne evocaciones de un pasado revivido en la memoria y por la palabra poética, en la segunda acude al presente, a los que conviven los días y los trabajos, para centrar en la tercera la reflexión del destino, con

trascendentes evocaciones del mundo presente, de la realidad y de la aventura del vivir diario (mercaderes y especuladores, crimen y guerra bien presentes, como en el Jorge Guillén de la madurez y la senectud), para concluir en un sorprendente epílogo, que, por encima de todo, merecen vivirse los días desde esta atalaya privilegiada que sólo el tiempo permite, en espera de un sereno y resignado final, apreciado otra vez de forma senequista, altiva y dignamente aceptado. Porque, querámoslo o no, este mundo humano no está bien hecho, como éngicamente cantó el poeta de “Cántico” y “Clamor”.

Interesan los instrumentos de que se ha valido en esta ocasión Dionisia para crear este mundo poético tan rico y, en muchas ocasiones, complejo. En primer lugar ha logrado un clasicismo en la expresión envidiable, marcado por la serenidad de un estilo natural, de una expresión verbal muy rica y variada. Cada palabra, cada verso llevan consigo la precisión que impregna la andadura rítmica de una elegancia natural, renacentista, clásica, a la que contribuye una sólida tradición literaria: descubrimos en el libro, con gran gozo del lector exigente, dulces prendas, ruinas (“superbi colli”), “ubi sunt”, edad de oro, “hortus conclusus”, “locus amoenus”, consolación de la filosofía y de la poesía, noche de San Juan, “carpe diem”, aventura del relevo, “siste viator”, entre Lucrecio y el ya citado Séneca, mientras se canta la amistad y se ensalzan los valores de la senectud, como si el mismísimo Cicerón anduviese entre tantos versos acordados con sentimiento y verdad, mientras el abuso de los poderosos, la agresión y la violencia, el maltrato de los más débiles, el crimen, la guerra y la muerte se hacen presentes ante el oscuro mal de soledad y vacío.

Como Jorge Manrique, Dionisia proclama un claro y decidido “no se engañe nadie, no”, evocado precisamente en el título del libro. La vida es como es, pero ha merecido la pena, aun así, vivirla. Poesía comprometida con nuestro mundo y nuestro tiempo, poesía de denuncia y de protesta, que avanza sobre el universo poético habitual creando conciencia, inquietando al lector y comprometiéndolo con nuestro presente, vivo y real, en un libro que habrá de constituir referencia obligada, mientras se sufre el engaño de los días.

De las generaciones más jóvenes hay que destacar también algunos libros muy representativos. Así el de Ginés Aniorte (Murcia, 1960), titulado *Los azares*, que llega repleto de poemas con nuevos aires, que confirman la solidez de su obra poética. Renacimiento de Sevilla ha sido la encargada de entregarnos un libro cuidado, en el que reencontramos la voz de un poeta con personalidad propia, lograda con una palabra sincera y auténtica, lo que no suele ser habitual. Nos devuelve el poeta su mundo, contemplado ahora desde la atalaya de la madurez, lograda pronto: él mismo lo advierte con melancolía mientras contempla cómo la vida ha transcurrido con celeridad. Hay en este libro mucha nostalgia de tiempos que transcurrieron, de otros espacios del acontecer vital, nunca olvidados, revividos por una memoria fértil, forjada con verbo cálido y entusiasta. Sólo

habría que leer dos poemas de este libro, sabiamente estructurado, para descubrir la fuerza de esta nueva entrega poética, el que cierra y el que abre el libro, y en ese orden precisamente. Porque el volumen está articulado en dos secciones, “Espejos”, y “Fábulas”, enmarcadas o encuadradas por ambos poemas.

Títulase el poema último “Oficios”, y supone un ejercicio de poética. El autor nos muestra, para despedirse de nosotros, lamentándose, cuáles han sido sus logros, diferentes quizá de sus propósitos, ya que confiesa que lo suyo es siempre lo mismo: muerte, tiempo, destino, dichas que no se logran, días fugaces que quedan en la memoria, luces felices dignas de celebración. Cuando lo que él quisiera es mostrarnos otros mundos. Quizá irónicamente está lamentando algo que justamente no ha ocurrido, porque el libro, en conjunto, dominado por la fuerza del destino, por el azar que todo lo ordena (o desordena), y que figura en el título en plural y es el que finalmente nos lleva a mundos nuevos. Por eso mismo es también tan importante el poema que abre el libro, lacónicamente titulado “Decidme”, dedicado a los jóvenes, a modo de introito esperanzado y brillante, que nos revela al poeta en su temprana madurez, enviando “avisos” a la manera clásica, a los jóvenes, alegres y confiados, instruyéndoles sobre la vida y el mundo, pero en el fondo, envidiando su incuestionable lozanía, su insobornable vitalidad. Y entre uno y otro poema, dos colecciones, la primera de ellas, en efecto, intensamente elegíaca, titulada con toda intención “Espejos”, en la que se agrupan poemas muy intensos de memoria y olvido, de repaso del tiempo ido, de evocación de otras temporadas.

Sólo hay que decir que uno de los poemas, recordando al viejo Ausonio, se titula “Collige, virgo, rosas”, y es que Anierte también cortó las viejas rosas del huerto de Ronsard, y, justamente, será la rosa, presente en más de un poema, la que simbolice, nuevamente, la fugacidad de los días. Otro poema, “Iguales”, nos ofrece al autor contemplando las nubes, siempre las mismas, siempre distintas, como las evocara Azorín, en “Castilla”, recordando al olvidado Campoamor y debatiendo con su admirado Nietzsche. Aquí comparecen nubes, pájaro, río, rosa y espejo para ofrecer, a esos jóvenes a los que el libro está inicialmente enviado, lecciones de vida y de perdurabilidad. Pero el poeta quiere renovar con su palabra el pensamiento tradicional y hablar del transcurrir de los días desde su sinceridad cotidiana. Por ello aparecen modernos referentes del tiempo, como la vieja fotografía que retiene figuras de otra época, rostros y sonrisas conservados en la memoria de una imagen indeleble.

No podemos dejar de hacer una detenida referencia al segundo apartado, “Fábulas”, en las que se reflexiona sobre azar y destino, desde el primer poema “Cometas”; donde se juega con el obvio final de unas conocidas fábulas para mostrar precisamente y con fértil ingenio que no podemos cambiar nuestro destino; donde se nos muestra al enfermo en su soledad; donde asistimos a la contemplación de los seres cotidianos que nos acompañan, donde hay acertijos y trabalenguas, para mos-

trarnos los engaños y las trampas del mundo, las medias verdades, la perplejidad de los sueños, la inquietud ante tantas cosas incomprensibles, ante tantos venenos, que no son sino los recuerdos guardados en frascos exquisitos.

Más allá de la proyectada y prometida poesía elegíaca de la temporalidad, presente en efecto en el libro con solidez y eficacia, el poeta ha integrado en su mundo nuevas inquietudes que han enriquecido su poesía. Un libro, por tanto, fiel continuación de una excelente trayectoria, que revela que Ginés Anierte es un poeta merecedor de nuestra atención, porque sabe llegar al lector, con una palabra poética clara y natural, elegante en su verso, perfectamente acordado desde el punto de vista rítmico, adecuado con certeza a momentos y sugerencias diversos, presididos en ocasiones por la complejidad de un destino incierto y de tantos azares inseguros.

La colección “Nuevos Textos Sagrados”, de Tusquet, dio a conocer también el último libro de Luis Muñoz (Granada, 1966), titulado *Querido silencio*. Luis Muñoz es uno de los poetas más interesantes de la literatura española de la última hora, y uno de los autores de la más reciente generación con obra poética consolidada y firme, que marca ya el sentido de la poesía del siglo XXI. Este último libro suyo así lo demuestra, porque sorprende por la levedad de sus poemas, por la delgadez de sus representaciones líricas, como si el poeta, en su intención permanente de depurar la realidad y la palabra, hubiese adelgazado su expresión hasta límites inverosímiles. Porque su lucha es esa: hacer valer el significado del silencio, que tras la palabra poética, ocupa el espacio en que ésta, a través del poema, se asume. En el silencio, el ritmo del poema logra la plenitud de su lección. El silencio y la soledad parecen ser los aliados perfectos de la buena poesía.

Como ha hecho en otros libros suyos, Luis Muñoz insiste en representar la realidad de cada día para descubrir el misterio de la existencia, y para ello se vale de constantes interrogaciones poéticas que intentan descubrir y entender ese mundo. Por eso el silencio es tan importante. El libro está dividido en tres partes, de quince poemas cada una. En ellas se alternan las representaciones de lo diario con las llamadas a la conciencia de su comprensión. Las palabras de los poemas se organizan para trazar una realidad, que culmina el silencio que los cierra. Cuando el poema termina, no se puede decir nada más.

Estamos ante una poesía nueva, en la que los elementos que la constituyen asombran por su sencillez, naturalidad, ligereza..., pero al mismo tiempo hondura y profundidad intelectual. Una poesía reflexiva, profundamente intimista, que se inquieta ante el mundo circundante, ante la vida y la muerte, ante el paso del tiempo, e, incluso, como no podía ser de otra forma, ante el acto creador, protagonista de algunos de los mejores poemas del libro. La función de la poesía, su sentido en el mundo, que habitualmente tanto preocupan al poeta en sus textos en-

sayísticos, alcanzan en algunos poemas extremos de reflexión que son imprescindibles en un libro tan original, tan completo, pero tan personal.

“Después del poema” y “Dejar la poesía” muestran bien claramente lo que el poeta ha pretendido con este libro suyo: mostrar la verdad del silencio, la que permite que la poesía se haga, la que supone el reposo y la soledad. Soledad que va unida al silencio, y muestras de soledad hay muchas en este libro, aunque esa soledad se comparta justamente con las cosas. Poemas como “Raíces”, “Visible” o “Un regalo” muestran la autenticidad del silencio compartido frente a la soledad, mientras que lo narrativo se entremezcla con lo poético.

Sorprenderá al lector, en efecto, esta poesía por su personalismo, que sin embargo no llega a incapacitarle para entrar de lleno en el contenido y en el argumento de sus poemas. Aunque evidentemente estamos ante una colección de poemas autónomos, sin duda, será el conjunto, el contexto, el que permita finalmente la comprensión del mensaje completo. La cohesión del libro es evidente, por su parentesco de contenidos y de formas, pero no es imposible aislar un poema y entenderlo fuera de su conjunto. Por lo menos esa es la impresión de este crítico ante una poesía nada fácil, por más que se haya proclamado su sencillez y su naturalidad.

Desde el inicial “Nudo simple” hasta el penúltimo poema, “Maldita muerte”, y también ante el sorprendente final del libro, “Conversación en el césped”, todas las composiciones del poemario organizan un asedio singular a la realidad, que es asumida con la conciencia de su asombro, mientras la inexorable ley del tiempo se abre paso en “Avisos”. Un poema excepcional, yuxtaposición de palabras en profunda coherencia, es “En un túnel”. “El silencio” adquiere especial protagonismo en un libro como éste, y “Uña nueva” o “Cepillos de dientes”, nos muestran los primores de lo vulgar, aceptables en un contexto tan singular como cotidiano. No son menos interesantes algunos poemas siguientes: “Culatra”, sorprende por su sucesión de imágenes plásticas y visuales, mientras que “Moscas pegadas a la ventana” descubre de nuevo el análisis inteligente de una existencia común, que sobrecoge con su detallismo. “Desajustes”, “Equilibrio” o “Comunicantes” nos muestran la inestabilidad de nuestro mundo diario, analizado desde la conciencia del vivir inseguro.

Querido silencio es, desde luego, una apuesta por el futuro, y abre caminos hasta ahora inexplorados en una expresión poética muy nueva y original. Será el futuro el que confirme la cohesión, solidez y firmeza de un poeta de la más reciente generación, que sigue forjando una poética de la realidad muy singular e imponiendo, con sus distanciados libros poéticos, una norma poética propia, un estilo muy personal.

Hemos citado antes, en su lugar correspondiente, la publicación de los Premios Loewe (Guillermo Carnero) y Ciudad de Melilla (Luis Alberto de Cuenca). Otros premios nos han permitido conocer en 2006 más poemarios interesantes, co-

mo ocurre con el de Pedro López Martínez (Moratalla, 1967), que ganó el premio “Vicente Gaos. Ciudad de Valencia” de poesía con un poemario titulado, muy originalmente, *Libro ciudad*, publicado en Sevilla por Renacimiento en su colección Calle del Aire. Nos hallamos ante una poesía destacada por su originalidad constructiva, por su innovación temática y sobre todo por haber logrado forjar un estilo personal y propio basado en un lenguaje poético exigente, agresivo, desnudo y directo, que se extiende en largos versículos y se adapta al fluir de un pensamiento poético tan denunciador como atrevido.

La poesía urbana, o, por decirlo de otro modo, la presencia de la ciudad en la lírica contemporánea de los siglos anteriores (solemos decir que a partir de Baudelaire) ha tenido mucho que decir a través de los años. El reto heridor de la ciudad, la asombrosa realidad de sus calles y personas, las imágenes corroídas o corrosivas de su sórdida realidad, que nuestro poeta ha querido declarar en el mismo título del libro con una singular aposición nominal (libro-ciudad), ofrece perfiles, en cada ocasión, más originales y libres. No procede citar los antecedentes que la historia literaria nos ha legado en los últimos decenios, porque, además, felizmente, esta poesía de Pedro López Martínez tiene en realidad muy poco que ver con sus prestigiosos antecesores.

Attendamos primero a la estructura del libro, a su construcción poética como unidad bibliográfica, como libro de poesía. Simula el autor una ciudad con cuatro líneas de autobuses (suponemos) que van designados cada uno por una letra: A, B, C, D. Cada una de estas líneas realiza una serie de paradas, designadas por un número, desordenado en principio. Así la línea A tiene las paradas 14, 6, 18, 12, 10, 26 y 2. Lo mismo ha de ocurrir con las otras tres líneas. Cada una de las paradas es un extenso –o breve, en pocos casos– poema. Cada línea cuenta con siete poemas. En total, veintiocho. La sorpresa viene al final, ya que el índice del volumen nos advierte que las composiciones cuentan con un “orden natural”, constituido por el número del poema. Incluso, el primero comienza con las palabras latinas “In principio”... Pero también avisa de que junto al “orden natural” está el “caos lineal”, es decir el orden en el que el lector lee el poemario, distinto al establecido por los números, como advertimos al principio.

¿Qué quiere decir todo esto? En principio, que el libro, con antecedentes estructurales en el mejor Cortázar, puede leerse como se quiera, pero lo que evidencia, más profundamente, es que el poeta quiere representar que estamos ante un caos, el “caos lineal” de la ciudad. No es, pues, caprichosa la estructura del volumen, sino que ella misma forma parte del propio contenido y otorga al lector una facultad de acción que, como receptor, le permite convertirse también, en cierto modo, en autor activo del poemario.

Mucho habría que decir de los poemas que, no nos engañemos, no protagoniza una ciudad concreta (París aparece reiteradamente) ni la ciudad en abstracto. El verdadero protagonista del libro es el poeta, el poeta en representación de

sus congéneres, personas en crisis urbana, bípedos transeúntes de nuestro mundo contemporáneo, como diría Jorge Guillén, que viven (como vive el propio poeta) día a día la agresión del hostil entorno urbano actual, muy siglo XXI, deshumanizado y descreído, prendido a ridículos y sórdidos afanes que ocupan los múltiples negocios inconfesables. Quizá, en el fondo, lo que se añora, como hicieran los clásicos es la verdad natural de la vida del campo, alejada del mundanal ruido.

Pero este libro tiene un alcance mayor, más ambicioso, tal como revela la estructura ya comentada y la agresiva forma de los poemas extendidos en largos versos-versículos, que contienen la ansiedad de una permanente contradicción, y que el poeta va fijando en multitud de personas, objetos, calles, ambientes, esquinas, geometrías sórdidas, nieblas y lluvias, transcurrir del tiempo, ejecutivos planchados, prostitutas de esquina innominada, tugurios en los que la fiesta oculta la tragedia, desperdicios, inmundicias, sucios transportes del alma, que revelan con toda claridad una morbosa ansiedad de descripción mortal de necesidad y manifiestan que, por encima de todo, el bípedo transeúnte ha de sobrevivir con su desprecio y con su escepticismo. Críticas reacciones que se convierten en denuncias directas, indignadas y poderosas.

En definitiva, Pedro López Martínez ha logrado un libro sólido y cohesionado, con una sostenida marca personal de estilo, mantenida desde el primer poema, que logra un libro excepcional por su singularidad en la poesía de nuestro tiempo, poesía de experiencia pero también poesía de denuncia y reveladora de la crisis personal del espectador absorto y sobrecogido de un mundo hostil y contemporáneo, de nuestro mundo actual, ante el que tantos poetas se han igualmente sobrecogido en las últimas décadas.

El lenguaje de la última poesía española está centrado en un proceso de búsqueda que revela una evidente crisis de identidad. Un poeta joven, recientemente incorporado al mundo editorial, muestra bien a la claras cuáles son los objetivos de la nueva generación poética. Vienen a cuento estas observaciones cuando leemos el libro que, tras obtener el Premio de la Fundación Miguel Hernández de poesía, acaba de publicar Javier Moreno (Murcia, 1972), en una edición muy cuidada de *Devenir*, titulada *Cortes publicitarios*. Por otro lado, un subgénero poético, absolutamente clásico, la sátira, tan olvidado por la poesía actual (aunque hay memorables excepciones) se abre camino, con rotundidad, para acuñar un lenguaje agresivo muy de nuestros días, para someter al lector a la reflexión crítica y comprometerlo con un mensaje contra el reclamo publicitario, en el que tal lenguaje, deformado, reconducido y trastornado, adquiere protagonismo singular como propuesta de análisis.

Desde el mismo título llama la atención el aire de ruptura con lo que podemos considerar tradicionalmente poético, porque lo que consigue Javier Moreno es enfrentarse a la realidad desde las exigencias del presente y analizar patéticamente el mundo de hoy desde el lado que más duele, el del lenguaje de los medios

y, en concreto, el de la publicidad, ya que muchos de estos poemas están enmarcados en la máscara del anuncio publicitario, reflejo de una sociedad falsa e insensible sobre la que el poeta ironiza sin piedad y, desde sus poemas, fustiga los vicios de unos ciudadanos que oprimen al débil y ensalzan al poderoso.

Un viejo poema de Pedro Salinas, escrito en EE. UU., en los años cuarenta del siglo pasado, muy satírico contra la falsedad de la rutilante sociedad de consumo norteamericana, que oprimió su espíritu humanista en aquellos años de exilio, se tituló “Nocturno de los avisos”, y pasa por ser la denuncia de una sociedad capitalista y deshumanizada, engañada por los brillantes encantos de la publicidad, situada en concreto en Times Square, de Nueva York. Otro poema, éste de senectud, de Jorge Guillén, titulado “En la televisión”, escrito en los años setenta, denunciaba las sonrisas mercenarias de los engañosos anuncios publicitarios que compartían pantallas con las trágicas noticias de la guerra, en aquel momento, de la guerra de Vietnam. En el libro de Javier Moreno se condensan, en las diferentes composiciones, escenas satíricas muy contundentes, que, incluso, llegan a referirse a los momentos más negros de la historia reciente (Auschwitz con su campo de exterminio y las marcas comerciales del gas venenoso es una referencia descarnada del argumento de uno de los poemas), pero también al desorden de nuestros días, reflejado en los nuevos héroes anónimos del top manta que, desde su miseria, luchan por sobrevivir y, al parecer, atentan contra los imperios de la sociedad mercantil: somos, dice el poeta, nada más que el tránsito apasionado entre dos puñados de carbono.

Indudablemente, en este libro hay mucho más, y, desde luego, se destaca una interesante cultura poética que recupera a poetas olvidados como Hölderlin o Rilke, mientras que suena la música de Bach, se desmitifica a Aristóteles y a Platón, se cita a Heidegger, a Borges, a Heráclito y a Kavafis, y el arte de Andy Warhol resplandece con su descaro, al tiempo que Miguel Ángel y Durero sufren las agresiones de la sociedad consumista, representada por los nuevos héroes y los nuevos mitos: Nike, Rolex, Ray Ban, Givenchy, Christian Dior, Mercedes Benz, Telefónica, Bayer y Construcciones y Contratas. Estamos ante la gran danza de la vida y del consumo, del despropósito lingüístico y visual, en el que la imagen impera y domina al sujeto paciente, al bípedo inocente e ingenuo, que sucumbe ante el peso de las ya citadas sonrisas mercenarias, ante las falsedades de una estructura de lenguaje (lenguaje de la palabra y de la imagen) perversa y falaz, fiel reflejo de un mundo convulso y despreciable. Solo la palabra irónica del poeta es capaz de controlar esta interminable danza y contradanza, este baile de los malditos, que representa una sociedad construida por el engaño más sutil e imaginario, el trampantojo que ya denunciara el conceptista Baltasar Gracián.

Un lenguaje de vanguardia (no hay en el libro signos de puntuación), extraído en ocasiones de los más modernos instrumentos de la tecnología punta, marca el ritmo singular de estos poemas y persigue la ruptura del sistema estableci-

do para censurar un mundo en el que la máscara y el engaño dominan, incluso en los escasos retazos eróticos y amorosos, desengañados, que también comparecen en el poemario.

Sin duda estamos ante una poesía nueva, distinta, fiel reflejo de la nueva lírica española del siglo XXI, ante cuyos hallazgos habrá que estar bien atentos, porque pretenden representar un mundo actual, éste de los días convulsos de estos años de tormentas, con que los está iniciando la nueva centuria.

Pedro Felipe Granados (Albox, Almería, 1949) obtuvo el Premio Dionisia García por su libro de poemas *La niebla transparente*, que publica la Universidad de Murcia. Granados ofrece en este libro una interesante y compacta muestra de su poesía reciente, directamente influida por el acontecer vital de una existencia plena de experiencias, que, llegada a un punto determinado, el momento presente, conduce inevitablemente a la reflexión, a la revisión del tiempo transcurrido, sin duda fecundo, y a la elegíaca lamentación, muy serena y moderada eso sí, del tiempo pasado, del imparable transcurrir de los días, del interminable fluir de sucesos y acontecimientos que pudieron llenar nuestras vidas, la del poeta y, sin duda también, la de su lector cómplice, comprometido en las reflexiones que el autor le ofrece.

Pero hay otros muchos elementos entrevistados en este libro, en cuyo título, “La niebla transparente”, hallamos una niebla contradictoria, desde el momento que nos permite ver, por su transparencia, a través de ella. Y ver ¿qué? Sin duda, en primer lugar, la naturaleza circundante, con sus obsequios paisajísticos, con sus reflejos del transcurso temporal en sus elementos, y, sobre todo, el placer de contemplarla y sentirla con su regalo de cada día. Porque, junto a la memoria, es la naturaleza protagonista decidida de este conjunto de representaciones líricas.

El libro fluye entre dos poemas señeros. El primero se titula “Fe de vida”, y el poema final, definitivamente conclusivo, “Desde la otra orilla”. Ambos constituyen, respectivamente, alfa y omega, principio y fin de un proyecto vital que se acepta con resignada serenidad. Y entre estas dos composiciones maestras, la “singladura”, como se lee en otro poema, de todo un transcurrir vital. El primer poema es el del nacimiento, recuerdo de un momento recibido por información oral, y el último es el del postrero viaje, para el que el poeta se siente plenamente preparado. Como en otros poemas, en los que vemos comparecer elementos de la cultura clásica literaria, aquí es la barca de Caronte la que simboliza el viaje definitivo. En otros, serán los escollos de Escila y Caribdis, más allá un involuntario recuerdo de Shakespeare (“el resto es silencio”), por otro lado el “non omnis moriar” horaciano. Todos los poemas conducen en este compacto libro poético a un mismo fin: expresar, desde la atalaya de la madurez humana, la verdad incontestable de una vida asumida con todos sus elementos, los buenos y los malos, renacida en la memoria fértil de un poeta sensible, con interesantes incursiones en ciertas preocupaciones sociales. Un poema muy iluminador en este sentido, es

“Mirada interior”, en el que evoca un pasado triste, el de una España determinada, mísera y empobrecida.

Otras veces, los impresionantes e impecables despliegues paisajísticos, concretados geográficamente en tierras de secano, de lejanías quemadas por el sol, contendrán una determinada argumentación realista, tal como la angustia ante la ausencia del agua y de la lluvia a que están sometidas y condenadas las tierras del Sureste peninsular.

En otras oportunidades son los objetos que cotidianamente acompañan nuestro devenir vital los que nos descubren la maravilla del recuerdo histórico, su poder de seducción, como ocurriría con las manzanas evocadas en sus diversos papeles en la cultura adquirida, como mito, como historia, como creencia. Otra escena de la vida cotidiana, habitual en nuestro tiempo, puede valer al poeta para indignarse ante los desmanes del progreso y del mundo contemporáneo y unirse a muchos poetas de nuestros días, porque rechazan un mundo falto de pasión por la naturaleza. Así ocurre cuando, ante el poeta, unos olivos arrancados de la tierra que les vio nacer, son transportados para adornar un jardín urbano entre asfalto y cristales. “Olivos para un parque” denuncia, en efecto, el suicidio estéril del planeta.

Sin duda, en este poemario, ha de hallar el lector otros múltiples reclamos entre paisaje y transcurrir del tiempo, como la contemplación del paso de las nubes o la recurrencia al mundo de los sueños, camino de un ignoto refugio requerido por la oscura llamada de las sombras. Una última referencia merece el poema más breve del libro, titulado “Pensamiento”. Los muertos no se mueren definitivamente hasta que no les llega la sentencia implacable del olvido... En estos breves versos, sentenciosos, se concentran muchos de los sentires de este libro de poemas singular, escrito por un concentrado anotador de experiencias vitales, por un incansable indagador de paisajes, que ha sabido, como nadie, conjuntar en su libro de poemas impecables estructuras rítmicas, de elegante naturalidad, adecuadas al fluir de un pensamiento sincero, auténtico, ligado a la experiencia de una determinada edad, que acepta el paso inevitable de un tiempo imparables en su transcurrir.

Juan Ramón Barat (Borbotó, Valencia, 1959) obtuvo el Premio Blas de Otero por su libro *Malas compañías*, publicado por la Asociación de Escritores y Artistas de Madrid. La poesía de Barat se ha distinguido siempre por enfrentar al lector con la sorpresa del existir cotidiano y conmocionarlo con sus observaciones sobre la pertinencia o no del transcurrir de nuestros días y de hallar la poesía en los gestos y en los objetos que nos rodean, mientras se intenta sobrevivir a pesar del inexorable paso del tiempo, a pesar de lo irreversible de nuestro destino, a pesar de lo absurdo de muchos aspectos de nuestra vida, y, sobre todo, a pesar de la muerte, presente en muchos de los versos de este libro. Tiempo, destino, muerte, esas son acaso algunas de las malas compañías que en este libro

dominan y habitan con tanta fuerza, con tanto poder, que han pasado a formar parte del título.

El libro aparece dividido en cinco grandes secciones, cada una compuesta por diez composiciones y titulada con el nombre de uno de los poemas que la integran. La parte central será la que lleve en su seno el poema “Malas compañías”, una vehemente composición que expresa la inútil rebeldía del poeta ante la muerte. Hay en cada una de las partes poemas que van reiterando variaciones sobre un mismo tema: el origen del poeta, su destino, su poética, reflexiones sobre el tiempo, sobre la muerte...

El volumen se abre mostrando la interrogación sobre nuestro propio ser e identidad, la duda sobre nuestro origen, como en tantos poemas anteriores, y concluyendo ya en este primer poema, con durísima contradicción en sus propios términos, en el “milagro aburrido de la vida”. La segunda composición, “Estancia invernal” nos avisa del paso del tiempo, y la tercera se configura a la manera de una desenfada poética, con el poema “Postscriptum”. Irónico, sarcástico, escéptico, el poeta asegura que no hay, en poesía, originalidad posible, porque todo se ha dicho antes y mejor. Los poemas inmediatos, “Cuaderno de bitácora” y “Variaciones sobre un tema de Manrique”, nos devuelven la imagen del mar con su poder alegórico y su lección metafísica, como metáfora del ser donde todo se extingue y renueva y como símbolo de la muerte: “Ya lo dijo Manrique / la vida es una lágrima / que va a morir al mar”.

Entre el origen ignorado y ese mar irremediable, sitúa el poeta la vida, que tiene, como no puede ser de otro modo, personajes entrañables, la madre, el padre, el hijo, evocados en diferentes poemas, convertidos, más allá de la propia autobiografía personal, en símbolos entrañables en los que la vida (y con ella la poesía) triunfa sobre el tiempo y lo vence en descomunal batalla. Frente a las agresiones de las exigencias del mundo contemporáneo, frente a los desmanes de paso del tiempo, un intermedio amoroso, intenso, renovado por encima de la rutina, con espacios para la momentánea celebración, constituye la “Hermosa lumbre” de la vida, del amor, de la carne urgente, de los momentos irrepetibles, en el silencio y en la quietud de la noche.

Quizá, la última parte del volumen, “Rosas amarillas”, sea la más sólida del libro, la que culmina con más fuerza su trayectoria, que, en ningún momento, también hay que decirlo, ha decaído lo más mínimo. Pero en estos poemas finales, más extensos, más sólidos y cohesionados, Barat conduce a su lector al terreno que más le interesa, el de la elegía rebelde, el de la conmoción humana ante lo irremediable. Son los objetos de la vida cotidiana los que seducen con su indeleble e inexcusable lección de permanencia, con su lenguaje de signos y con su presión del tiempo transcurrido, que al poeta conmocionan y al lector hacen pensar, una y otra vez, en que lo que se nos quiere transmitir es la inexorabilidad del transcurso de nuestras vidas, y eso es común a todos los mortales. Por más que podamos,

sin embargo, presumir que tales objetos están íntimamente vinculados a la propia biografía como el poeta quiere: un árbol, un retrato, unas gafas, unos hijos, los ojos de una paloma en el instante de su muerte.

Juan Ramón Barat ha dado un paso más, y muy firme y decidido, en su impecable trayectoria poética. Merece la pena atender con detenimiento este nuevo libro, que, como otros de los suyos, es un regalo que el lector no puede ni debe perderse.

José Luis Rey (Puente Genil, Córdoba, 1973) obtuvo el Premio Jaime Gil de Biedma por su libro *La familia nórdica*, que publica Visor, en su colección de Poesía. Rey es un poeta de la nueva generación que ha mostrado ya en las entregas anteriores de su poesía dotes de originalidad que han destacado en el panorama de la lírica actual. *La familia nórdica* rompe radicalmente con los modelos de poesía que se están realizando en España en las últimas generaciones, y apuesta, de forma muy arriesgada, por un modo de expresar el mundo poético totalmente diferente a lo que estamos habituados.

Se ha señalado que existe en su poesía una importante influencia-homenaje de la poetisa norteamericana Emily Dickinson (1830-1866), una escritora misteriosa y sobrecogedora, de vida y obra muy secretas, que destacó también por su carácter rupturista, por su gusto por la versificación arriesgada y quebrada, que superaba, ya en pleno siglo XIX, mundos establecidos, mientras que los motivos poéticos se apartaban de lo habitual. En efecto, el libro de José Luis Rey tiene un aspecto muy anglosajón, y quizá pueda recordar, a otros lectores, a poetas como Dylan Thomas (1914-1953), T. S. Eliot (1888-1965) o Ezra Pound (1885- 1972).

Con Dickinson puede relacionarse su enorme fuerza interior, que supera la realidad vulgar y encuentra, en los objetos diarios, el encanto lírico de la realidad; con Thomas la profundidad interior expresada en las metáforas relacionables con el surrealismo y la fuerza de las imágenes; con Eliot la extensión de los poemas, el gusto por el verso extenso, por el versículo, que supera los esquemas tradicionales de la métrica al uso, para encajar distendidos mundos poéticos, mientras se sublima y supera la realidad; y con Pound la capacidad de la imagen nueva para verter un mundo interior profundo e intenso. Pero, señalados estos nobles antecedentes, hemos de proclamar la independencia del poeta, que ha caminado por senderos muy particulares, y, en ellos, ha encontrado espacios de expresión auténticamente nuevos, lo que es raro en estos tiempos.

Del mismo modo, hemos de destacar las atenciones temáticas que forjan un universo poético sorprendente: objetos y acciones de la vida cotidiana (la gotera, la cuchara, unos zapatos nuevos), profesiones y trabajos vulgares (el peluquero, el panadero, el sindicato, los músicos callejeros, un contrabandista), situaciones habituales (unas excavadoras amarillas, unos juguetes, unos obreros en paro, el sindicato) son sublimados para profundizar en el conocimiento del mundo y mostrarlo a los lectores, para comprometerlos con una realidad compulsiva que sobrecoge

por su naturaleza y por su expresión. Un buen ejemplo de esta relación cómplice con los lectores lo representa el que quizá es el mejor poema del libro “Para Laura”, en el que Rey regresa al mundo de la infancia para mostrarnos la ruptura racional de los recuerdos y forjar un nuevo mundo de sugerencias y plasticidades excelsas elevadoras de lo vulgar y cotidiano: peluca de bosque, estrellas manchadas de betún, tierra amarilla, cerezas estallando, Petrarca en forma de gorrión, el violín de los gatos... y la magia conseguida con aliteraciones inmensas como las contenidas en el verso “y llevo en el bolsillo las llaves de la lluvia”, alejandrino impecable que para sí hubiera querido el gran Rubén Darío. Como concluye el poeta, “Los hombres no morimos; solamente / aprendemos a ver / en la ventana rota, mordida por el sol”.

Sin duda todo ese mundo de sugerencias cotidianas podría asociarse enseñuida con corrientes poéticas habituales en nuestros días, si no estuviese expresado con la fuerza de una palabra poética muy original, que, rozando la imagen visionaria surrealista, forja un nuevo creacionismo por medio de la metáfora creadora y potenciadora de espacios simbólicos innovadores. La distancia entre la realidad vulgar y la realidad poética está bien expresada en algunos poemas de poética, en los que se reflexiona sobre la literatura y la vida, sobre el papel de la literatura. Una metáfora exigente y bien construida, un juego de imágenes cercanas al visionarismo surrealista, y la constante ruptura del sistema racional por medio de las sugerencias distantes, van marcando la originalidad de un estilo, mantenido con soltura y constancia a lo largo de todo el libro.

Estamos, por tanto, ante un poeta nuevo que ha apostado por la búsqueda de un lenguaje distinto, que ha rescatado de su memoria multitud de escenas y recuerdos para mostrarlos al lector como análisis de un mundo diferente. La constante superación de la expresión racional recuerda, por supuesto, al Juan Ramón Jiménez de los últimos libros, y le acerca a las visiones de su animal de fondo y de su dios deseado y deseante (que contaban ya con un importante fondo anglosajón), aunque hay que insistir que todas estas referencias intertextuales no restan en lo más mínimo el importante componente de originalidad personal, que caracteriza este nuevo libro de un poeta que ha apostado por un camino nuevo, y ha acertado en su encuentro con los lectores.

Para cerrar este panorama vamos a hacer referencia a las dos antologías más significativas que se han publicado a lo largo de 2006, la de Jorge Urrutia, sobre la poesía de la Guerra española, y la de Rafael Morales Barba sobre las últimas generaciones de poetas.

La Guerra de España (1936-1939), de cuyo comienzo se cumplieron setenta años, ha dado mucho que hablar a lo largo de las décadas transcurridas desde la contienda. La poesía no ha sido ajena a este enfrentamiento entre hermanos, y, desde los dos bandos contendientes, se hizo intérprete de los sentimientos contradictorios que vivieron los españoles en aquellos fatídicos casi tres años. Jorge Urru-

tia, catedrático de Literatura Española de la Universidad Carlos III, ha reunido, en una muy innovadora antología de más de cuatrocientas páginas, titulada *Poesía de la Guerra Civil española*, los poemas más representativos que se compusieron en aquellos días. La publicó en Sevilla, la Fundación José Manuel Lara en su colección Vandalia Senior, precedida de un sensato estudio preliminar, muy documentado, que se esfuerza por crear una distancia entre aquellos acontecimientos y el presente, aunque luego serán los poemas los que golpeen con su desnuda autenticidad nuestro espíritu.

Sin duda, la mayor novedad de esta antología es que se recogen textos de uno y otro bando, en los que se advierten diferencias notorias de pensamiento, de estilo e incluso de lenguaje poético. Sabemos que el romancero que el bando republicano desarrolló durante la Guerra de España constituye uno de los documentos poéticos más valorados por los especialistas, particularmente por los hispanistas extranjeros. Menos conocida es para los lectores de este siglo nuevo la poesía producida por el bando nacional o nacionalista, caracterizada por un impulso heroico y un aire triunfal, distinto del gesto austero y nostálgico, dolido y victimista de los poemas del bando republicano.

El enfrentamiento entre hermanos es más literal de lo que cualquier lector quisiera o pudiera llegar a imaginar, y se hace patente en las páginas de este libro, porque en ellas coinciden con poemas escritos en la guerra dos hermanos, de sangre y de registro civil, Antonio y Manuel Machado, que, cada uno desde una orilla, exaltaron la situación de su facción. Todo un símbolo de esta España irredenta, original entre los países de Occidente hasta en esto del enfrentamiento entre dos fraternos poetas, que además se las llevaban muy bien y colaboraron en numerosas empresas literarias comunes.

La antología de Jorge Urrutia contiene otras novedades muy destacables y algunas sorpresas, dignas de reseña detenida. Un buen ejemplo lo constituye la propia organización de la antología, dividida en seis partes y una coda, reservada al poeta Manuel Altolaguirre y a su espléndida "Última muerte", uno de los poemas de guerra mejores de toda la literatura española. Las secciones son las siguientes: "El desastre de la guerra", donde podemos hallar los lamentos de unos y otros ante la destrucción de España, de su civilización y de sus ideales; "Los héroes mayores", en el que se recogen glosas de los personajes que se convirtieron en mitos, desde el general sublevado a José Antonio Primo de Rivera, o desde Federico García Lorca al general Miaja o Durruti; "Los combatientes", en la que hallamos a los protagonistas anónimos, heroicos y esforzados, soldados, milicianos, campesinos, jóvenes y menos jóvenes, guerrilleros, alféreces y capitanes; "Madrid, ciudad simbólica", la capital de la gloria, como la llamara Alberti, mártir en sus habitantes y en sus calles; "El dolor de la guerra", con poemas a los innumerables que sufrieron las peores secuelas de la guerra, prisioneros, caídos, ni-

ños heridos, fusilados y asesinados; y, por último, “El final de la guerra”, cuando la victoria y la derrota muestran las ruinas finales del desastre.

No es menos interesante hacer una referencia a los nombres. Todos los poetas conocidos en julio de 1936 escribieron antes o después poemas sobre la guerra, desde Juan Ramón Jiménez a la espléndida promoción del 27, que se rompía en mil pedazos a partir de este momento, y buena prueba de ello es que también estos hermanos quedaron separados. Guillén traduciendo el poema nacionalista “A los mártires españoles” de Paul Claudel y Gerardo Diego cantando a José Antonio y al General Aranda, mientras que Aleixandre evoca a los niños de Madrid y Alberti los baluartes de su defensa. De todo hubo también en esta generación de hermanos que acabaron cada uno por su lado. José María Pemán, Agustín de Foxá, Luis Rosales, Leopoldo Panero, Pedro Laín Entralgo y Dionisio Ridruejo comparten páginas con Miguel Hernández, León Felipe, Emilio Prados, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre o nuestro paisano Antonio Oliver, hasta llegar a los más jóvenes como Leopoldo Urrutia.

Son muchos los años que han pasado desde el comienzo de la Guerra de España, pero estos poemas vuelven con su palabra encendida y sincera a mostrar el horror de tanta insensatez, de tanta sinrazón, de manera que la obra aquí recogida se convierte en testimonio desnudo de una durísima realidad, aún sobrecogedora y patética a través de la palabra de tantos poetas excelsos.

Con el título de *Última poesía española (1990-2005)*, Rafael Morales Barba ofrece, en un libro que publica Marenostrum, una antología de dieciocho poetas muy jóvenes y muy recientes, nacidos entre 1963 y 1985, representados con algunas de sus composiciones, publicadas en libros e incluso inéditas. Como suele ser habitual en este tipo de selecciones, precede a los textos de cada poeta una sucinta presentación biográfica y literaria, en la que el antólogo encuadra al poeta dentro de una determinada tendencia, su bibliografía, y una poética personal, escrita por el joven escritor para la ocasión. Un extenso estudio preliminar incluye Morales Barba en este libro, en el que analiza no sólo estas últimas tendencias de la poesía española, sino también un panorama que se extiende en el tiempo y que abarca todas las promociones poéticas españolas, desde los “novísimos”, a principios de los sesenta, hasta el año 2006.

Los poetas recogidos son jóvenes promesas, aunque muchos de ellos ya han alcanzado cierta notoriedad en el mundo de la poesía. Es muy sugerente y curioso que los dieciocho han estudiado una carrera de Filología, principalmente hispánica, aunque también los hay de románicas, de inglés y de clásicas. Proceden de diversos lugares de la geografía española, incluida Canarias, ya que junto a la fecha de nacimiento figura el lugar. No se recoge ninguno nacido en la Región de Murcia. Y cuatro han nacido en Madrid, pero el resto proceden de lugares, pueblos y ciudades muy dispersos. La mayoría se dedica a la enseñanza, aunque hay también periodistas y librereros, entre otros oficios, siempre relacionados con la literatura.

Hay poetas cuyo nombre ya debemos considerar consagrado, como podría ser el caso de Luis Muñoz, Vicente Valero, Jordi Doce, Ada Salas, Lorenzo Oliván o Ana Merino, pero los demás comienzan ahora su trayectoria, aunque relativamente “veteranos” son también José Mateos, Eduardo García, Lorenzo Plana, Rafael-José Díaz y Javier Rodríguez Marcos. Otros son absolutamente jóvenes, nacidos después de 1975, como Martín López-Vega, Carlos Pardo, Carmen Jodra, Fruela Fernández, Vanesa Pérez-Sauquillo, Ana Gorriá y Elena Medel, esta última, la más joven, nacida en 1985, y con tres libros ya publicados, entre ellos el sonado *Mi primer bikini*. Entre esta última y Vicente Valero, el de más edad, nacido en 1963, transcurren veintitrés años, es decir un espacio cronológico suficientemente amplio para poder trazar unas características definidoras. Por primer libro publicado, transcurre un tiempo similar. Valero publica el suyo en 1986, Gorriá en 2004. Total, dieciocho años.

He aquí según Rafael Morales Barba las características de la nueva poesía: fragmentarismo y falta de cierre en el poema, que adquiere la condición de texto abierto, heterogeneidad y rechazo de la herencia inmediata, búsqueda del sinsentido y arbitrariedad de los signos, aspectos formales éstos que se completan con las preferencias genéricas. La poesía nueva no es himnica ni celebrativa, más bien es dolorida o escindida. Caminan por espacios poco transitados por la poesía anterior y se ven influidos por lecturas de escritores norteamericanos o europeos que desconocieron las promociones precedentes. Han tenido la fortuna de contar con un floreciente mercado editorial especializado en poesía, aunque, como indica el antólogo, todavía no han dado muestras que coronen sus trayectorias o carreras poéticas.

Hay que aceptar esta antología como una propuesta discutible como toda antología, porque como se suele decir “ni son todos los que están, ni están todos los que son”. Echamos de menos poetas que han conseguido mucho y que se hallan entre estos límites cronológicos. Rafael Morales Barba ha querido ser objetivo y ecléctico. Pero esto es imposible y él, como buen conocedor de las numerosas antologías anteriores (que él mismo enumera), sabe que el empeño es inalcanzable. Pero hay que valorar muy positivamente esta iniciativa suya, claro está. De esto no hay ninguna duda porque ha sido atrevido y ambicioso y ha logrado que, con este libro, contemos con un documento insustituible para entender el complicado universo de la poesía española del siglo XXI, que, a pesar de los pocos años transcurridos, se muestra proceloso y revuelto, confuso y controvertido.

Porque lejos de ceñirse a los poetas antologados exclusivamente, en su estudio preliminar ha trazado un panorama completo y detallado de la poesía última, la del siglo XXI, basándose en sus antecedentes inmediatos, y dando cuenta de los nuevos nombres de esta lírica naciente, que son analizados con sus obras, aunque luego, por diversas razones, no estén representados entre los dieciocho escogidos en la antología. Habrá que seguir trabajando, pero el primer paso ya está dado.

BIBLIOGRAFÍA

Alberti, Rafael. *Amor en vilo*. Inédito.

Alexandre, Vicente. *Diálogos del conocimiento*. Barcelona: Plaza y Janés, 1974.

Álvarez, José María. *Sobre la delicadeza de gusto y pasión*. Sevilla: Renacimiento, 2006.

Aniorte, Ginés. *Los azares*. Sevilla: Renacimiento, 2006.

Barat, Juan Ramón. *Malas compañías*. Madrid: Asociación de Escritores y Artistas de Madrid, 2006.

Carnero, Guillermo. *Verano inglés*. Barcelona: Tusquets, 1999.

—. *Espejo de gran niebla*. Barcelona: Tusquets, 2002.

—. *Fuente de Médicis*. Madrid: Visor, 2006.

Cuenca, Luis Alberto de. *La vida en llamas*. Madrid: Visor, 2006.

Granados, Pedro Felipe. *La niebla transparente*. Murcia: Universidad de Murcia, 2006.

García, Dionisia. *El engaño de los días*. Barcelona: Tusquets, 2006.

Gimferrer, Pere. *Amor en vilo*. Barcelona: Seix Barral, 2006.

Guillén, Jorge. *Aire nuestro*. Barcelona: Barral editores, 1977.

López Martínez, Pedro. *Libro ciudad*. Sevilla: Renacimiento, 2006.

Moreno, Javier. *Cortes publicitarios*. Madrid: Devenir, 2006.

Muñoz, Luis. *Querido silencio*. Barcelona: Tusquets, 2006.

Poesía de la Guerra Civil española. Ed. Jorge Urrutia. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2006.

Rey, José Luis. *La familia nórdica*. Madrid: Visor, 2006.

Salinas, Pedro. *La voz a ti debida*. Madrid: Signo, 1933.

—. *Todo más claro y otros poemas*. Barcelona: Llibres de Sinera, 1971.

Última poesía española (1990-2005). Ed. Rafael Morales Barba. Madrid: Marenostrum, 2006.